

## LA POLIFONÍA NARRATIVA EN ACOSOS DE MUJER, DE ARCADIO ORTEGA

Antonio Chicharro Chamorro

*Acosos de mujer* (Salobreña, Alhulia, 2014), la última novela de Arcadio Ortega es pura literatura, un festín de historias de muy distinto signo que en forma de relatos y novela cortos van nutriendo y estructurando una historia superior que las organiza y dispone hasta poder comprenderla como una narración superior que, dividida en dos partes, clara e intencionadamente desproporcionadas en cantidad de páginas entre sí, se revelan necesarias para que el lector asista a un cierre redondo de la obra, al cierre que supone despejar la incógnita X, nombre de un personaje central, que genera una sostenida curiosidad e intriga a lo largo de todo el libro tanto para el personaje protagonista como especularmente el lector real. En este sentido, *acosos de mujer* continúa el camino iniciado por su novela anterior *Los tres lectores de Paula*, publicada en 2013, un camino que consiste, como expuse, en lo siguiente:

Se trata de una obra no muy extensa pero de cierta complejidad estructural cuya historia acontece en torno a un personaje protagonista, Paula, nombrada en el título y que sirve de desencadenante de la narración al tiempo que es el crisol donde se funde el resto de peripecias e historias y textos que, con autonomía, se desarrollan y cuentan dentro de la historia principal. Así es que el lector deduce en seguida la existencia de varios niveles de narración vinculados a la presencia de tres personajes, hombres mayores todos ellos, que interactúan, por separado entre sí, con el personaje principal, con Paula y de los que este personaje escribe en su diario, fuente de información, se intuye, en la que se alimenta el narrador.

Pues bien, la estructura de *acosos de mujer* es similar: un personaje protagonista, director de un periódico, es el crisol en que se vierten los relatos y novelas cortos de unos personajes escritores noveles o secretos –su propio caso– que le van a dar ocasión de crear una página literaria especial para ellos en su diario de una provincia, “Letras para los domingos”, una página que resultará bien acogida por los lectores y que evoca por cierto los estrechos orígenes del periodismo unidos a la literatura. He de decir que, si bien los relatos y novela cortos tienen autonomía pudiendo ser leídos por sí mismos, lo que pone al libro en la senda de las tradiciones cuentísticas seriadas que nutren una narración superior o bien una narración superior que engarza una serie de narraciones menores –sólo nombraré el imprescindible *Decamerón* de Boccaccio para aclarar a qué me refiero–, en su conjunto se hermanan a su vez conformando sendos grupos de relatos bien distintos en aquello que cuentan y en el propósito de sus respectivas historias contadas respaldados por sus autores respectivos.

Así, un primer grupo, el más importante y el que presta título a la obra, queda constituido por los relatos de abierto erotismo en el que la mujer se presenta como dueña de su sexualidad, sin falsos pudores y a la que, deseosa de satisfacción, no le importa usar a los hombres para ello, una suerte de inversión de papeles en el par hombre/mujer muy en la línea del estado de nuestro mundo en esta parte del planeta toda vez que las mujeres de estos relatos son ajenas al mundo de la prostitución. Son vulgares y corrientes como los hombres mismos de las historias contadas. La autora de tales subidos textos, recibidos anónimamente en el correo electrónico de nuestro personaje principal, recibirá por todo nombre X, el nombre de una incógnita, con el que se firmará cada publicación. Los títulos son, algunos de ellos bien elocuentes: “La novia novicia”, “La venganza”, “La novia madura”, “La novia longeva”, “La obesa”, cuyo final salida de la bañera es una irónica versión del nacimiento de Venus, una Venus de las proporciones de los personajes pintados por Fernando Botero y que se emparenta en esta imagen con la novelita vanguardista de Francisco de Ayala *Susana saliendo del baño*; siguen “El joven”, “El metro”, “La jefa”, “La ejecutiva”, “La flor”, “La becaria”, “La cajera”, “La camarera”, “La compañera”, “La dama del ascensor” y “Ay por Dios”, títulos proteicos, cortos y decisivos en su abierta intención y señalamiento.

El segundo grupo lo conforman los textos que publica de su propia hija, Yolanda, por sugerencia de su mujer, otro personaje importante de la novela cuya vida se despliega especularmente en relación con la del

protagonista. El nombre con que dará a conocer estos textos será el de Y para evitar críticas y malas interpretaciones de los lectores y de los compañeros de redacción al tratarse de relatos, como queda dicho, de su hija. Estos relatos, que son calificados por el propio personaje central de “románticos” y “cursis”, generan un hondo contraste con los del anterior grupo que alcanzará su más viva imagen en la página del periódico donde ambos conviven. Los títulos, también muy expresivos en sentido inverso a los anteriores dichos, son: “Tiempo amarillo”, “El diario”, “Matador”, “La llamada”, “Bécquer”, “Salir al campo”, “La voz”, “Perplejidad”, “Nochevieja”, “Novela policiaca” y “Atormentada”. Algunas de estas narraciones, “Salir al campo” por ejemplo, no tan cursis como dice nuestro personaje principal, tratan de asuntos literarios y se refieren a poetas como Luis Rosales y Federico García Lorca, mostrando un buen conocimiento lector cuando no admiración de Arcadio Ortega por ellos.

El tercer grupo de textos corresponde a los que el propio personaje central se decide a publicar bajo el seudónimo de Z, con los que da cauce a una postergada y secreta vocación de escritor que, por timidez y su trabajo en el periódico, no ha desarrollado ni ha dado a conocer. A decir del mismo personaje son textos recuperables que tienen interés literario y que tratan de muy variados asuntos lejanos a lo cursi y por supuesto a lo erótico. Sus quintaesenciados títulos lo dicen todo: “La catira”, “Ana Frank”, “Juncal”, “La biografía”, “La otra biblioteca”, “La remembranza”, “La bolsa”, “Nosotros, nuestro”, “La necesidad”, “Comida de colegio”, “El político”, entre otros. Algunos de estos relatos sirven de ocasión para reflexionar y opinar acerca de algunos aspectos de la vida literaria, del estado de cosas de nuestro tiempo por lo que respecta a la mediocridad de no pocos políticos, la especulación capitalista como en el titulado “La bolsa”, el compañerismo y la nostalgia del tiempo ido, entre otros asuntos que ya conocerán cuando lean el libro.

Por cierto, estos y los anteriores relatos conectan directamente con la sobresaliente tendencia actual del relato corto e incluso del microrrelato, una suerte de signo de la escasez de nuestro tiempo y de la dispersión y fragmentación de nuestra sociedad, cuyos rasgos más reconocibles son la brevedad obligada, la focalización del título, la dispersión temática, alimentada por la pura ficción o por los más diversos discursos de nuestra sociedad, y por el juego irónico. Aunque el lector no haya tenido acceso todavía al libro, si es que es así, comprenderá lo que quiero decir cuando descubra en sus páginas las perfectas e individuales teselas del mosaico que es *Acosos de mujer* donde se dibujan e interconectan en contraste y diálogo, como en un claroscuro barroco, zonas presididas por la fuerza incontenible del sexo con otras donde destacan las del amor y el lirismo que guarda la cotidianidad, así como las de preocupación por la literatura, la economía, la política, la propia e inexcusable vida social que nutrimos y nos nutre, sin que falten las sustantivas piezas de novela corta criminal como las que se pone bajo la responsabilidad de un nuevo y supuesto autor que colma este crisol narrativo: el hijo del director de nuestro imaginario periódico de provincias que aporta al río de la novela los textos titulados “Pena de muerte” y “Se eclipsó la sonrisa”.

Sólo he querido anunciarle al lector, si es que no conoce este *Acosos de mujer*, su contenido de modo panorámico de manera que no altere el acto fundacional de su propia lectura ni le reste interés por la misma. Sólo diré para terminar que en la novela no faltan los comentarios metaperiódicos de un voraz lector de prensa que es Arcadio Ortega, sus inquietudes ante un estado de sociedad como el que vivimos, su perplejidad, ternura e ironía a un mismo tiempo, su crítica a veces directa y otras sabiamente matizada de la realidad que nutre su visión del mundo y puebla de personajes y hechos ficcionales los relatos que levantan el discurso de *Acosos de mujer*. Nada falta y nada sobra en el libro, lo que quiere decir que resulta armonioso como cuando observamos de lejos un mosaico romano. En él caben, además de la plural temática, la prosa realista y objetiva y la prosa poética, los dos caminos que sigue Arcadio Ortega en su labor narrativa, si bien la primera es la dominante. Y si, para terminar, tuviera que responder a la pregunta de con qué voz de las escuchadas en la novela identificaría la voz real de Arcadio Ortega, podría contestar sin ningún género de dudas que su propia voz personal se acercaría a Z, pero también a X y a Y, así como a la del hijo del personaje principal, pues es uno y plural, como nos suele ocurrir a los seres humanos. Arcadio Ortega es la voz que organiza el concierto de voces ficcionales por él inventadas para contar que estamos movidos por la fuerza del sexo, del amor, de la vida en sociedad y de la soledad final en que todos y cada uno habitamos.